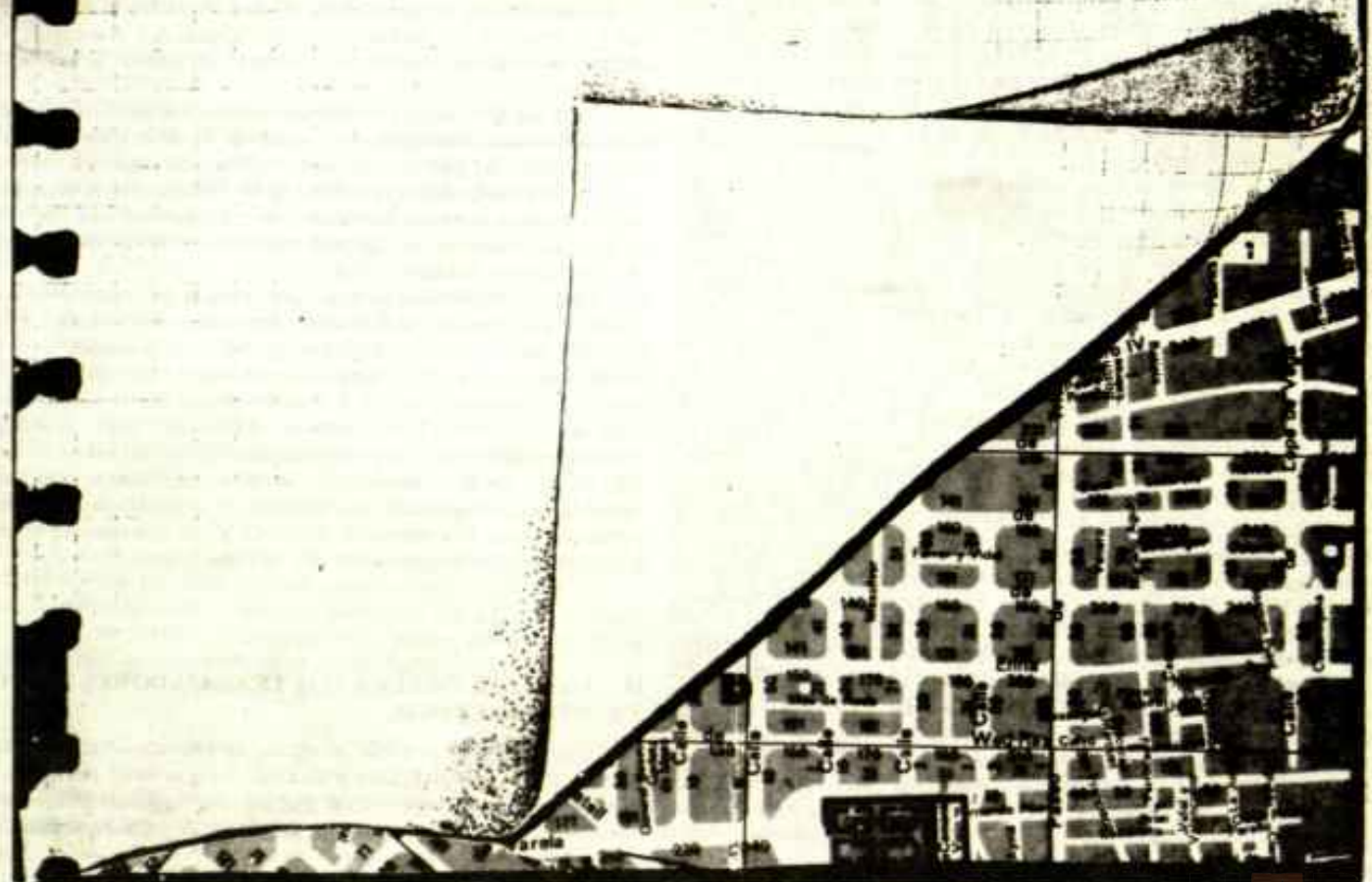


Nº 10 JUNIO de 1977 - 10 p. 5. -

4º
CONGRESO de
SOCIOLOGIA
URBANA!



REVOLUCION y IV INTERNACIONAL

PLATAFORMA DE LA TENDENCIA MARXISTA

Barcelona, 25 de mayo de 1977

I.- ASCENSO REVOLUCIONARIO Y POSIBILIDADES INEDITAS PARA LA IV INTERNACIONAL

La agudización de la lucha de clases en todos sus frentes y la obligatoriedad que tiene la IV Internacional de dar respuesta a esos combates de clase preparándose para jugar un papel de vanguardia en el seno de la clase obrera, obliga a nuestra Internacional a una reflexión política profunda.

La explosiva situación en el cono Sur de Europa, las actuales transformaciones en Vietnam, la agitación creciente por mejoras laborales, derechos democráticos, contra la represión en la URSS y en los países del Este, la crisis que desgarró al PCE chino, el panorama en Oriente Medio, el polvorín a punto de estallar que es el continente negro, etc., ilustran con nitidez el carácter del período actual.

La burguesía y la burocracia no han podido frenar el impulso de aquellas luchas.

Este impulso tiene su origen en la recomposición y ascenso del movimiento obrero en los años 50, recomposición que inaugura en Europa el segundo ciclo de la revolución proletaria. La serie de derrotas que sufrirá el proletariado mundial en las décadas de los veinte y los treinta, culminará en 1937-38 con el aplastamiento de la revolución en España. Este trágico episodio cerrará el primer ciclo de la revolución proletaria en el mundo. Ciclo del que 1905 anuncia su irrupción y 1917 es su punto álgido. Este período acabará en una derrota completa para la clase obrera y con la desaparición de su conquista más elevada, el Octubre ruso. La oleada de luchas que recorrerá Europa desde el 43 al 48 no es más que un epílogo de aquella derrota.

A partir del 53, la clase obrera, extrayendo valiosísimas lecciones de sus combates anteriores, resurge en la escena política con gran fuerza, haciendo patente —y ese es el rasgo fundamental— su voluntad de lucha contra todas las formas de dominación, de explotación y opresión en el Oeste y en el Este. Alemania del Este en el 53, Polonia y Hungría en el 56, evidencian el impetuoso renacer de la clase obrera. Las huelgas en muchas naciones europeas en los años 60 darán paso a un importante salto cualitativo a finales de esa década. El mayo francés, la primavera checoslovaca, el mayo italiano, los juicios de Burgos, las huelgas, movilizaciones y ocupación de astilleros en Gran Bretaña, el nuevo período de luchas en Irlanda, las movilizaciones contra la guerra en EEUU, América Latina —Bolivia, México, Argentina, Chile— abren paso a las movilizaciones en Polonia, España, finalización de la guerra del Vietnam, etc., y prolongan la explosiva situación a la que nos referíamos anteriormente. Junto al proletariado tiene lugar la más amplia movilización y radicalización de sus aliados.

Ante el deterioro creciente y acelerado del marco político, económico y social, y la agravación hasta lo inaudible de la decadencia absoluta del sistema capitalista que amenaza ruina, los dueños del mundo —burgueses y burocratas— han profundizado sus compromisos de coexistencia proletaria: los Frente Populares y los golpes terroristas militares o militares fascistas. A pesar de esos esfuerzos, nos hallamos en la víspera de situaciones revolucionarias, en las que la cuestión del poder está planteada abiertamente. No obstante, comprendemos las razones profundas por las cuales lo fundamental de esos ascensos pasan y pasarán, en una

primera fase, por el cuadro de organizaciones que tutelan los aparatos pequeño-burgueses en el seno de la clase obrera (CFR, Estra-tégico, Programático y Tesificación). En esos textos, hemos analizado cómo la conciencia del proletariado está por debajo —con retraso— del sentido profundo del desarrollo real de sus luchas. Ahora bien, esa corriente profunda no ha dejado de expresarse abiertamente gracias a la combinación de dos elementos muy importantes. Por un lado, la experiencia cada vez más amplia en los países del Este, del papel que juegan las burocracias de los "Estados Obreros" como clase explotadora y por otro lado, la materialización de un proceso doble que, de modo lento pero inapelable, aparece ante los ojos de los trabajadores de todo el mundo: el balance del papel que las organizaciones tradicionales han jugado y juegan en cada país y el balance de lo que ha supuesto y supone la experiencia stalinista a nivel mundial. El desenmascaramiento de unos y de otros, aparece ante sectores significativos de trabajadores con particular virulencia.

El desarrollo de la radicalización del proletariado y sus aliados, lleva a enfrentamientos muy duros con los aparatos reformistas que, de manera desigual, se traduce en:

— desgarrones y crisis continuas en el seno de las organizaciones tradicionales, y en

— la pérdida de confianza de una importante franja de obreros y jóvenes en los partidos socialdemócratas y stalinistas. Ciertamente, la juventud obrera se convierte en punta de lanza de esta ruptura.

Este último factor constituye realmente una auténtica inversión del curso histórico. El papel de la juventud obrera en la construcción de partidos independientes, de clase, es determinante. Esta inversión abre y abre a la IV Internacional unas posibilidades inéditas para su construcción y sobre esta base, se cimentaba la posibilidad de un cambio cualitativo de las relaciones entre el trotskismo y la clase.

Estas inmejorables perspectivas para la Internacional comportaban y comportan unas responsabilidades mayúsculas, a las que hay que hacer frente. Ayudar a la clase obrera a librarse del dogal de las direcciones reformistas es una tarea de primer orden.

La situación objetiva y nuestro lugar en la lucha de clases exigen de la Cuarta Internacional un esfuerzo político y organizativo sin precedentes. La piedra angular de ese esfuerzo en nuestras filas reside en la combinación de una clarificación de las bases estratégicas, programáticas, tácticas y organizativas de nuestro partido y una intervención decidida y sin reservas en el seno de los combates protagonizados por la clase obrera.

II.- LA CLASE OBRERA LOS TRABAJADORES Y LA CUARTA INTERNACIONAL

Hasta hoy, la posibilidad de un cambio cualitativo de las relaciones entre el trotskismo y la clase ha quedado reducida... a una posibilidad. La Internacional por una serie de razones —que analizaremos en el presente texto— ha dado la espalda a esas posibilidades y ha hecho caso omiso de sus responsabilidades. Inequivocadamente, el salto cualitativo que el movimiento ha dado en estos

últimos años no ha tenido ni el más pálido reflejo en nuestra organización. Cuando miles de obreros, trabajadores y jóvenes han vuelto sus ojos a la IV Internacional se han encontrado con una orientación que —en el mejor de los casos— no respondía a sus verdaderos intereses, no satisfacía sus auténticas necesidades.

Miles de luchadores han topado con una política centrista —oscilante entre el oportunismo y la revolución— manifestada en multitud de ocasiones, con distintas versiones y con expresiones más o menos acabadas. Una política que en lugar de estar dictada por las necesidades objetivas de la clase, estaba dictada por el curso a los “cuadros naturales” de la clase. Históricamente, esta orientación se ha traducido en una velada negativa a construir el Partido. Unas veces, se sustituía la necesidad imperiosa del partido trotskista por una línea que consistía en empujar —entrando en los aparatos— a aquellos “cuadros naturales” hacia la izquierda, hacia la acción revolucionaria. Otras veces, ante el surgimiento de “revolucionarios pragmáticos”, “trotskistas naturales”, etc. —una historia muy larga que va de Tito a Castro— dábamos nuestro apoyo crítico a su actuación y a la de sus partidos y por supuesto, no hacíamos más que colocarnos a remolque —eso sí “crítico”— de aquellas organizaciones. ¿Era eso construir el partido? se preguntaban aquellos luchadores. Decididamente, no. ¿Acaso éramos instrumentos de presión sobre los aparatos, las organizaciones centristas y nacionalistas varios?, volvían a preguntarse. Decididamente, sí. La Internacional procuraba que otros hiciesen nuestro trabajo.

Siguiendo esta orientación, en ocasiones, nos decidíamos a construir secciones nacionales de la IV Internacional. Pero he aquí, que, a pesar de esgrimir incesantemente el mito de un partido bolchevique casi perfecto —el de Lenin y Trotsky— embelleciendo la realidad de aquel partido, aquellos luchadores que volvían a aproximarse a la Internacional, topaban con un maniobrerismo y un parasitismo propio de pequeño-burgueses que, a través de aparatos y constantes giros, recurriendo a los “atajos” de todo tipo, intentaban construir un partido-aparato, una versión de izquierdas de los aparatos existentes en el mercado occidental. Ni que decir tiene, que los luchadores abandonaban nuestras filas defraudados por la intervención a la que obligaba la orientación en cuestión.

Lo hasta aquí expuesto, es la expresión de una Internacional que no se siente parte de la clase obrera, que más o menos abiertamente, ha exteriorizado una desconfianza profunda en las posibilidades revolucionarias latentes en todo impulso de clase obrera y en la posibilidad misma de construir una organización revolucionaria en torno a la movilización reiterada de la clase y de una lucha sin cuartel contra todas las ilusiones fomentadas y vehiculizadas por los aparatos de uno u otro signo y contra esos mismos aparatos. Por el contrario, la Internacional ha encaminado su política, su táctica y su organización a percutir sobre los “cuadros naturales” de la clase, sobre los “líderes” de las organizaciones de nuevo y viejo cuño, empleando para ello cien artificios y cien formas de parasitismo respecto a las direcciones; empleando diversas tácticas seguidistas. Entre el 69 y el 72-73 con tácticas aparentemente ultraizquierdistas pero siempre oportunistas, para arrastrar a la pequeña burguesía a nuestras filas y percutir más y mejor sobre los cuadros y las organizaciones reformistas y centristas. Esta siniestra orientación general de nuestro movimiento ha impedido de hecho, que atendiendo a la inversión del curso histórico apuntado, sectores significativos del proletariado y especialmente la juventud obrera, recalara con fuerza en nuestro movimiento.

Las manifestaciones teóricas y prácticas de aquella desconfianza, el tipo de partido propugnado y graves errores teóricos enmarcan la crisis permanente de nuestro Partido mundial.

III.— LA INTERMINABLE BUSQUEDA DE LAS CAUSAS DE NUESTROS MALES Y DE SOLUCIONES VIABLES

En múltiples ocasiones nuestros militantes han intentado explicarse la crisis premanente de nuestra organización. A lo largo

de 37 años se han sucedido los intentos de hallar soluciones viables a nuestra crisis. Indagando las causas de lo expuesto en la tesis anterior, estos militantes comprobaban que posiciones básicas del marxismo, posiciones sobre las que nuestro movimiento ha sido construido, formuladas en abstracto, nunca habían sido revisadas o denegadas formalmente. Pero al tiempo, constataban que, Congreso tras Congreso, texto tras texto, resolución tras resolución, análisis tras análisis, experiencia tras experiencia, desaparecía la vigencia concreta de nuestra línea estratégica fundamental: la línea de clase contra clase, la línea que refuerza la acción consciente y masiva del proletariado contra la burguesía en todo desarrollo revolucionario. La línea de unificación del proletariado, la conversión de la clase en sí en clase para sí, la lucha por la independencia y centralización de la clase a todos los niveles respecto a todas las restantes clases. La línea de unificación que culmina en la instauración de la democracia sin adjetivos, en la instauración de la República Mundial de los Consejos Obreros.

En efecto, esa directiva fundamental iba diluyéndose progresivamente. Cada desviación en la práctica de aquella línea iba fatalmente acompañada de una aproximación por tanteo a líderes pequeño-burgueses, de los cuales los stalinistas ocupaban lugares de privilegio. Cada una de las aproximaciones efectuadas comportaban, inequívocamente, la renuncia —a tenor de lo visto, indolora— a la construcción de una organización revolucionaria independiente. Cada uno de los descarados galanteos implicaba erigir al trotskismo ante los ojos de la clase obrera, en un guardaflanco de izquierdas del stalinismo, en una oposición crítica al mismo, dotado de una fraseología revolucionaria y componiendo todo ello una variante del centrismo.

Una trayectoria lamentable ilustra cuanto decimos. Tal “desvío” comienza con la caracterización de Tito (compartida por Pablo, Mandel, Frank, Lambert y Cannon) y prosigue con la de Mao, Gomułka y Castro como revolucionarios pragmáticos, centristas no stalinistas. Tal trayectoria tiene hitos de toda índole. El entrismo “sui generis” (al principio aceptado por Cannon y el SWP como una correcta aplicación concreta del marxismo) duran-

te 15 años en los partidos stalinistas y socialdemócrata. Caracterizaciones de Estados obreros deformados, degenerados, muy degenerados, etc., en varios países del mundo (entraremos a fondo en estas caracterizaciones más tarde). Más allá de esto, rechazo de la “revolución política” y de la construcción de la C.I. en China, Vietnam, Camboya, Laos por parte de la T.M.I. Negativa a impulsar tales tareas en Cuba, esta vez a cargo del SWP y de la T.M.I. Otro hito de singular importancia es el lanzamiento y defensa obstinada de una estrategia guerrillera en América Latina y Ceylán, y su corolario de “acciones armadas minoritarias” en otros países, por ejemplo España. En Europa Occidental ha estado en boga, con evoluciones superficiales diversas, una línea de sustitución de la construcción de partidos trotskistas, secciones de la IV Internacional, por la tarea de transformar las sucesivas “nuevas vanguardias” en “instrumentos adecuados”, y i.e., la construcción de organizaciones trotskistas sobre la base de un programa adaptado —en los hechos— a la “sensibilidad” de la “nueva vanguardia”. Frente a “La cuestión de las cuestiones” como solía decir Trotsky —los Frentes Populares— la IV Internacional ha caído reiteradamente en un oportunismo grosero. Bolivia, Chile, Unión de la Izquierda en Francia, Fur en Portugal, etc., avalan cuanto decimos.

Tenemos derecho a decir que estos militantes, en su búsqueda, se hallaban, cuando menos, hartos confundidos. Periódicamente, sectores militantes de nuestro movimiento han buscado soluciones viables a esta crisis permanente. Confiando en el centralismo democrático que la Internacional garantizaba programáticamente, han pasado a combatir las posiciones que llevaban a la liquidación de nuestra tarea fundamental. Sin embargo, una y otra vez, esos esfuerzos se han estrellado —tanto a escala estatal, como a escala internacional— contra un deterioro lento pero no por ello menos profundo del marco centralista democrático de nuestro Partido. Resultaba evidente, las dificultades inherentes a la Internacional para mantener un marco de centralización proletaria, ligado al curso político pequeño-burgués que nos asolaba.

Hemos asistido a la desnaturalización creciente de las instancias y organismos máximos de la Internacional (Congresos, S.U., C.E.I.) y a su sustitución por una política tras bastidores. Militantes dispuestos a reconvertir el curso de la C.I. se han quedado atónitos ante la pugna existente entre las dos fracciones de la Internacional, pugna más ficticia que real y acomodada al respeto de las zonas de influencia particular de las que cada fracción dispone desde los años 50.

Un análisis de los últimos 25 años de la vida de la C.I. —análisis que por otra parte, no pretendemos abordar con detalle aquí— revela que la pugna sostenida por la TMI y el SWP-FLT, con sus crispaciones agudas de rigor y con sus distensiones pertinentes, ha tenido siempre un carácter limitado, que en ningún momento ha ido a las raíces de los males de la IV Internacional y que ha impedido conscientemente que los sectores militantes de nuestro movimiento que indagaban las causas de los problemas, extrajeran un balance claro de la bancarrota de dos direcciones gastadas: los sempiternos pablistas de viejo y de nuevo tipo y los antiplablistas del Secretariado Unificado.

IV.— NUESTRA PROPIA EXPERIENCIA

La experiencia de los camaradas que firmamos estas tesis es una expresión particular del proceso general antes descrito. La experiencia de la Liga Comunista es sin duda una de las más ricas políticamente, en estos últimos años, en nuestro movimiento. Un largo trayecto hacia el trotskismo ortodoxo sintetiza nuestra ejecutoria y ella nos ha costado cuatro fracciones en cinco años.

En apretada síntesis, he ahí los hitos fundamentales:

A) 1972. Estallido de la L.C.R. Ruptura política profunda con el mandelismo. Es una dura polémica en torno al método de construcción del partido, romperíamos, aunque de modo incompleto, con el cordón umbilical que nos unía al mandelismo. Entran a formar parte de nuestro acervo programático, elementos metodológicos muy importantes: F.U., método de elaboración basado primordialmente en las necesidades objetivas y no en las posibilidades o en las ilusiones de las masas, etc. En aquella ocasión caracterizamos al mandelismo como corriente y preveíamos su curso ulterior; curso oportunista que los acontecimientos han probado.

B) 1973. F.T. de la L.C.R. Ruptura política con el lambertismo. Siguiendo con el tema central del método de construcción del partido, en aquella ocasión, desarrollamos las bases, esencialmente correctas, de una crítica detallada del lambertismo (Cfr. La trama del debate) independientemente de algunos errores importantes como construcción del sindicato estudiantil, resurgimiento de la socialdemocracia y del anarcosindicalismo, etc., la trama de la crítica sigue siendo esencialmente válida. Algunos de los giros emprendidos en los últimos años por el lambertismo son puramente tácticos. Las actuaciones recientes de los compañeros lambertistas en Francia, Portugal y España ejemplifican una trayectoria prevista en lo fundamental.

C) 1973. Afiliación a la FLT. Después de la lucha fraccional con las dos corrientes más importantes del trotskismo en Europa, preocupadas por las discusiones sobre las continuidades en la IV Internacional, nuestra organización definirá al SWP como el único eslabón de la continuidad de la C.I. En nuestra alianza con los odas. del SWP, este elemento, más que el acuerdo explícito en todos los puntos de su plataforma política, se revelará decisivo. De suyo, un acuerdo excesivamente general sobre la plataforma política de los americanos y la perentoria necesidad de aliados contra el mandelismo nos supuso, en los hechos, un cruzarnos de brazos en la Europa capitalista. A pesar de nuestros intentos en la FLT, nunca desarrollamos una vía de combate independiente en Europa occidental. La elección de un acuerdo programático general tuvo asimismo repercusiones en nuestra propia evolución interna: la penetración del morenismo fue el exponente más característico.

D) 1975-1976. Muy lenta y desigualmente, se va fraguando una cierta desconfianza hacia el SWP. Desconfianza que los resultados del X Congreso Mundial y la inmediata evolución de la FLT en su conjunto irán agudizando. Simultáneamente, se van avanzando elementos de análisis que serán la base constitutiva de un ala izquierda en la FLT, en la que por cierto nos encontraremos muy solos. La Carta Abierta a la FLT: "La crisis actual de la IV Internacional y las tareas de la FLT" fechada el 20-VIII-75 y firmada por los odas. Carmen, Melan, Raul y Roberto (I) es la expresión más evolucionada de la fase que analizamos. En ella —como veremos en la próxima tesis— se completa el análisis del pablismo, se alerta a la FLT del peligro del morenismo y se emplaza al SWP a llevar la batalla que se viene postergando.

Como habíamos indicado, el morenismo, versión porteña del pablismo, profundizará el curso oportunista iniciado en 1974 (II), romperá con el SWP y hará estallar la FLT.

Las repercusiones de todo este proceso se dejarán sentir en nuestra propia organización. La L.S.R. emprenderá un ataque profundo a las bases metodológicas y programáticas de la L.C. (III). Independientemente de la defensa del programa que hará la Fracción Trotskista, se produce un debilitamiento de las bases de ruptura metodológica y programática con el mandelismo, bases ignoradas por sectores enteros del partido —LSR y TO—. Este complejo proceso resultará estimulado por una creciente adaptación de una parte de la dirección de la LC a las posiciones políticas y metodológicas del SWP, que romperá con lo más avanzado de nuestra elaboración política. Entre otras causas, esta adaptación, es tributaria de aquellos acuerdos programáticos tan generales con los odas. del SWP e irá acompañada por puntuales coincidencias políticas con el pablismo incubado en nuestro partido (polémica sobre enlaces y jurados, CNS).

E) 1976. IIIer Congreso. Con la celebración de la Misa, la LC se hará con dos elementos fundamentales: 1) Restauración del método de elaboración del programa proletario. La base de nuestro giro sindical es enteramente programática, apoyada ante todo en las necesidades objetivas y después de las posibilidades y experiencias de las masas. 2) Adquisición de las enseñanzas fundamentales de los comunistas acerca de la juventud y su organización.

No obstante, nuestro IIIer Congreso topará con limitaciones de importancia. Las más significativas: 1) Ausencia de una desembocadura internacional de los debates mantenidos en el Congreso. 2) Contradicciones graves en el método utilizado para la elaboración de unos puntos del programa (Cuestión sindical, República Socialista) y para la elaboración de otros puntos (Asamblea Constituyente, Gobierno PCE-PSOE). 3) Contradicciones organizativas —criterios de elección del C.C. y resultados— que desvirtuaban el combate político librado en el Congreso.

F) Comité Central de Octubre de 1976. Agravación de la crisis del pablismo en nuestro partido e inoperancia absoluta de la FLT. En efecto, TO profundizará sus revisiones sobre nuestro programa en muchos e importantes puntos y la batalla contra sus posiciones se librará muy desigualmente y con graves errores (IV). Independientemente del curso liquidador profundizado por la TMI, la FLT —lejos de contraponerse de modo efectivo a este curso— irá poniendo las bases que preparen un acuerdo creciente con Mandel sobre el futuro de la Internacional. En este marco, la propuesta de creación de una Tendencia de Oposición de Izquierdas en la IV Internacional perseguía la defensa intransigente de las conquistas de nuestro IIIer Congreso con los consiguientes desarrollos a nivel internacional. El proyecto de la TOICI (V) cifraba en los siguientes puntos su voluntad de revertir el curso de la Internacional:

- Defensa de las adquisiciones programáticas y metodológicas generales del IIIer Congreso de la LC.
- Reafirmación de nuestros análisis del pablismo y del conjunto de nuestras conquistas políticas frente a esta corriente.
- Denuncia de la "política parasitaria a los cuadros naturales de la clase" como denominador común de todas las corrientes que se reclaman del trotskismo.
- Necesidad de la construcción de las Juventudes Comunistas en torno a la juventud obrera primordialmente, y la importancia

que estas adquirirían como "palanca fundamental para la construcción del partido".

— Necesidad imperiosa de la construcción de la Internacional de la Juventud Comunista.

— Ruptura política de la luna de miel con el SWP por considerarlos cómplices de la TMI en el mantenimiento del estado actual de la Internacional y en el mantenimiento del statu quo particular.

G) 1977. En un proceso de varios meses, los camaradas abajo firmantes reconocíamos en la TOICI a la extrema izquierda del antipablismo. Pensábamos, que llevábamos hasta sus últimas consecuencias el antipablismo militante. Y aún siendo eso así, se nos reveló absolutamente insuficiente. Ciertamente, una reflexión extensa y profunda sobre los elementos contradictorios de nuestro programa de acción (Asamblea Constituyente y Gobierno PCE-PSOE) sobre la relación de nuestro partido con las masas y de la dirección de nuestro partido con su base militantes, en definitiva, sobre el tipo de partido que construimos, así como de algunos de los temas internacionales puestos sobre la mesa, nos obligaba a dar un paso hacia adelante. Había que estudiar nuestra historia, buscar los auténticos males de nuestro movimiento, volver a las fuentes del trotskismo, captar sus contradicciones originales y sacar conclusiones. En suma, reconocíamos en nuestra historia, una lenta pero demoledora destrucción de nuestros principios. Había que estudiar donde operaban los mecanismos que llevaban a nuestro movimiento a sutiles revisiones de gran importancia.

En este proceso, entendíamos la naturaleza y los objetivos esenciales de las distintas gamas antipablistas. La explicación antipablista del pablismo en sus distintas versiones —Lambert, Healy, Vargas, Spartaco— es una explicación propia de la metafísica burguesa. Una explicación basada en un truco idealista que consiste en confundir voluntariamente los efectos con las causas. Las explicaciones dadas por esas corrientes en modo alguno explicaban ni explican las razones profundas de la génesis, el desarrollo y la supremacía del pablismo en nuestra Internacional, ni aclaran su estado de crisis política permanente.

Había que proceder con honestidad. Ninguna TOICI basta para intentar resolver la crisis permanente de nuestra organización mundial. Había que renunciar a cualquier truco y a diferencia de todos los antipablistas, pasados y futuros, había que remontarse al trotskismo, al leninismo y a la Segunda Internacional y estudiar algunos problemas graves. Por último, decíamos y decimos, bien alto, que todos los antipablistas, cada uno con sus revisiones a cuestas y todos con las de todos, cubrían un papel de confusión en el seno de la Internacional, en sus aledaños y en el movimiento obrero en general.

V.— LA LIGA COMUNISTA, LA FLT Y LA CUARTA INTERNACIONAL: LA OBLIGATORIEDAD DE UN BALANCE

Inevitablemente, el conjunto de nuestro partido debe extraer un balance claro, sin ambigüedades de nuestra restringida práctica política internacional. Esta es una tarea inexcusable y urgente.

Hagamos aquí un sumario de la actividad política desplegada por la LC en el seno de la FLT desde 1974. Los núcleos centrales de nuestras exigencias eran en el 74 los siguientes:

— La necesidad de un balance de la actividad política y organizativa de la TMI y de la FLT. Nos era imprescindible y lo sigue siendo una valoración exhaustiva de las distintas respuestas que la IV como tal dió a los episodios más relevantes de la lucha de clases mundial. Tal balance debía permitirnos una reordenación en positivo de los ejes políticos centrales de discusión en la C.I. cara a una intervención decidida y efectiva en la arena de la lucha de clases. Hacíamos notar también cuán conveniente sería para todos un balance extenso sobre el Congreso de Reunificación de 1963, debido a la importancia política de este Congreso en nuestra Historia.

— Insistíamos en la apremiante necesidad de caracterizar correctamente la orientación general de la TMI. Planteábamos que la caracterización del SWP —una combinación de tácticas ultraizquierdistas y puntuales prácticas oportunistas— era incorrecta. Nuestra caracterización de la línea política de la TMI —desde el IX Congreso Mundial— como centrista de izquierdas y con una progresiva adaptación al stalinismo fue rechazada sistemáticamente por la mayoría de los camaradas de la FLT.

— Abogábamos por una caracterización precisa del núcleo Mandel-Maitan-Frank. Había que definir históricamente esa corriente como centrista de origen trotskista y no como una corriente trotskista con desviaciones. Explicitábamos lo que creíamos las bases metodológicas de la política de la Tendencia Mayoritaria Internacional. En síntesis:

a) Naturaleza de la burocracia en general y el carácter de su política, que no era siempre abiertamente contrarrevolucionaria. Detallábamos las repercusiones políticas que esto tenía en relación a las burocracias de los "Estados Obreros degenerados" y en relación a los PCs de cada país.

b) La grave incompreensión de la naturaleza del stalinismo comporta a su vez una incompreensión profunda de la dinámica de movilización revolucionaria de las masas, confundiendo a la clase obrera y sus organizaciones con las direcciones.

c) Imposibilidad de construir el partido en el seno de los combates de masas. "La Historia les mordía la nuca" y había que encontrar atajos para construir ese partido. Más allá de esto, determinados "instrumentos adecuados" construían por nosotros aquel partido.

d) Importantes distorsiones políticas en el análisis y en el programa. Revisiones cuyo objetivo es teorizar las distintas tácticas de construcción de partido.

e) Revisión profunda del método de construcción del partido.

f) Por último, una concepción formalista y técnica del centralismo democrático.

El conjunto de estas exigencias nunca se saldó realmente. Nuevos elementos de la práctica política de la TMI iba incorporando, por ejemplo:

— Carácter espontáneamente reformista de las masas. Atribución a las "inmadureces" de las masas de las responsabilidades de sus fracasos.

— Una política centrada en los "cuadros naturales de la clase", etc., no eran recogidos como tales. Dos años enteros pugnando por hacer de la FLT "un cuchillo con filo". ¿Hace falta decir que sin conseguirlo?

Muchos han sido los obstáculos con los que hemos topado para llevar a puerto seguro esta empresa. A nuestro entender el más importante ha sido la carencia de los elementos políticos precisos a los que nos referíamos en la tesis anterior; no obstante, otros obstáculos importantes han hecho de nuestra empresa un auténtico fracaso. Veámoslo:

— En estos últimos años se ha dado una profundización acelerada del curso oportunista de la TMI. Esto ha conllevado la subsecuente negativa al debate político en la Internacional y ha incrementado el recurso al fraccionalismo y a los métodos organizativos funestos que dan carta de naturaleza a esta corriente. Ni que decir tiene que no hemos hecho nada para evitar los constantes derrapes de los mandelistas.

— Hemos asistido, primero con inquietud y luego con desapego, a la negativa obstinada por parte de la dirección del SWP a llevar adelante todos los debates que era preciso, dificultando en gran manera, el ganar a sectores significativos de la Internacional a nuestras posiciones. Bien al contrario, han sido muchos los cdas. que se han alejado de la FLT, al comprobar la naturaleza de nuestra batalla contra la mayoría.

— La FLT ha tolerado y disimulado el oportunismo más grosero en su seno. Ciertamente la práctica política desarrollada por la sección simpatizante argentina rivalizó con la práctica oportunista de la TMI allí donde se encontraron —Argentina, Portugal, México, España, etc.— La deserción del PST de la FLT cogió de improviso a la mayor parte de sus componentes. ¿Qué explicación hemos dado? Los camaradas del SWP nos han repetido en

multitud de ocasiones que puesto que los cdas. del PST se fueron, a ellos les incumbe dar una explicación.

Como era de esperar, Moreno no se fue solo. Y los argentinos se encargaron de demostrar al conjunto de la Internacional que nada habían aprendido de los cuidadosos métodos de dirección y comportamiento en una Internacional leninista preconizada por la FLT. En efecto, los cdas. del PST rivalizaron de nuevo con los mandelistas, esta vez en el capítulo del fraccionalismo y de los métodos organizativos nefastos.

Hay que decir también que en esta ocasión, la dirección de la LC no se caracterizó precisamente por llevar a cabo un combate intransigente contra el PST.

— Por último, uno de los obstáculos decisivos ha sido nuestra propia incapacidad. Hasta nuestros días, para el conjunto de nuestro partido, la Internacional ha sido temática para los días de fiesta. De ningún modo las preocupaciones de la C.I. han sido nuestras preocupaciones. Nos ha parecido legítimo priorizar la construcción nacional de la sección española de la IV y hemos argumentado que por ahí pasaba la contribución de la LC al Partido mundial de la revolución. ¡Grave error!. En cada una de las polémicas "nacionales" se vive la problemática internacional de la lucha de clases; lo contrario nos lleva a un callejón sin salida.

Nuestro partido está absolutamente deseducado en la problemática de la Internacional. Postergando debate tras debate, los "asuntos internacionales" han quedado en manos de parte de nuestra dirección, en manos de unos pocos camaradas "especializados". Tal negligencia nos ha costado carísimo en los planos político y organizativo.

En definitiva, todos esos obstáculos han hecho de la FLT un "cuchillo con filo"... clavado en la Internacional y en la LC.

Entendemos que para cualquier cda. de esta organización resulta obligatorio un balance. Mal que le pese a alguno, las conclusiones a extraer no pueden diferir en lo sustancial de las aquí presentadas, que para nosotros sanciona la trayectoria de la FLT, de la LC en ella y de la IV Internacional como la de un auténtico fracaso.

VI.— UNA HISTORIA QUE AVALA UNA BANCARROTA: LA TMI

En el ánimo de los camaradas que firmamos estas tesis está presente el objetivo de hacer de la lectura de este texto, una lectura fácil y rápida en la medida de lo posible. Permítasenos aquí que, entendiendo que la trayectoria política de la TMI es un acabado ejemplo de una ejecutoria centrista y oportunista, plagada de importantes revisiones y aderezada con un servicio francamente negligente a los intereses de la clase obrera durante 30 años, remitamos a los camaradas —si así lo desean— a la lectura de los boletines internos de nuestra organización que recogen tal trayectoria. Dispénsenos pues, de la ingrata labor de sumarizar tan desdichada evolución.

VII.— UNA HISTORIA QUE AVALA UNA NEGATIVA: EL SWP

Para los abajo firmante ha quedado demostrado con claridad meridiana la total incapacidad del SWP para combatir la orientación preconizada y desarrollada por la TMI en la Internacional. Más aún, ha quedado demostrada la incapacidad para erradicar el pablismo en defensa de una orientación correcta para la C.I. Tal incapacidad reside, en nuestra opinión, en la explicación que damos en el apartado f) de la tesis número 4, cuando hacíamos referencia al problema común que afecta a todos los antipablistas sin excepción. También hemos dicho que el combate desplegado

por los americanos durante 20 años ha estado en función de los imperativos de las relaciones mantenidas por el SWP con el Secretariado Internacional primero y con el Secretariado Unificado después. Esa pugna fue tributaria de la voluntad de mantener un determinado statu quo en la Internacional.

No obstante, un análisis más detallado y exhaustivo de las posiciones políticas de los americanos y de su práctica política durante estos últimos años, nos plantea lo siguiente:

A nivel objetivo:

La incapacidad del SWP para combatir a la TMI en lo que hace referencia a:

1.— naturaleza de la burocracia y carácter de su política en todo el mundo,

2.— algunas de las distorsiones políticas en el programa y en el análisis más importantes,

3.— concepción del centralismo democrático,

4.— lugar de la IV Internacional en la lucha de clases, está determinada por problemas inherentes al conjunto de nuestro movimiento desde finales de los años 30 y que nos proponemos analizar en próximas tesis.

Sin embargo, aquel análisis nos ha indicado como características políticas propias del SWP, acentuadas con el curso de los años, lo siguiente:

a) Un dogmatismo principista fácilmente puesto en tela de juicio en la práctica, debido a una mezcla de pragmatismo y enarismo según los acontecimientos de la lucha de clases. Una defensa intransigente de los principios poco tiene que ver con sus posiciones sobre Tito, Cuba, Guerra de guerrillas, etc.

b) Nacionalismo en los planos político y organizativo. La tónica de esos cdas. ha sido, salvo en contadas ocasiones, la de desentendimiento de los problemas de la Internacional, hasta que de algún modo, éstos le involucraban, al afectar su propia integridad organizativa. La experiencia de como se producen las luchas fraccionales en la Internacional y en el SWP justifica para nosotros esta caracterización.

c) En el plano programático, a nuestro juicio, el SWP ha ido evolucionando hacia el constitucionalismo y el democraterismo pequeño-burgués del que las posiciones políticas mantenidas en Portugal han sido una aguda expresión.

d) En el plano táctico han recurrido con frecuencia a la táctica oportunista, pasando por encima de la táctica de principios. Su tratamiento de cuestiones como juventud, feminismo, Vietnam, negros, etc., en EEUU; o cuestión sindical, elecciones a Cortes, unificación con LCR, etc., en España, indican un desplazamiento creciente hacia la táctica oportunista en sustitución de la táctica de principios.

e) Por último en el plano organizativo la defensa férrea de un "determinado" grado de centralismo democrático en la Internacional, tiende a reforzar, inequívocamente, la vertiente nacionalista en el tratamiento de esta cuestión primordial. Entendemos que la defensa de la "no ingerencia" de la dirección de la Internacional, en los "asuntos" de cada sección nacional pesa decisivamente en las posiciones políticas de los cdas. del SWP.

A nivel subjetivo:

Muy brevemente. Tampoco el SWP quiere hacer una caracterización histórica del núcleo Mandel-Maitan-Frank, pues desarrollar una caracterización de este núcleo les obligaría a efectuar un balance ante la Internacional de su propia práctica política en estos últimos 30 años. Los camaradas del SWP no piensan abordar semejante tarea. Para nosotros las motivaciones están claras y las plantearemos globalmente en la próxima tesis.

Para acabar, los cdas. abajo firmante entendemos que han quedado muy lejos los días en los que ser "la más trotskista de las secciones de la IV Internacional debido a la influencia de Leon Trotsky y a los cuadros que él mismo forjó" sea una tarjeta de crédito inagotable.

desde hace años vive nuestra Internacional. La experiencia de Moreno y el proyecto de una fracción morenista en la Cuarta es una expresión más de la tendencia en la que se debate nuestra organización mundial.

VIII.— UNA HISTORIA QUE AVALA UNA MISTIFICACION: LAS DISTINTAS VARIANTES DEL ANTIPABLISMO

Merodeando en torno a la IV Internacional, antipablistas de viejo y de nuevo cuño atizan el proceso en el que se debate nuestro movimiento, con el objetivo de hacerse con un bocado más o menos grande de las franjas de militantes que rompen con el Secretariado Unificado. Efectivamente. Numerosos militantes de los que indagaban las causas de nuestros problemas y buscaban posibles soluciones, frustrados por la desnaturalización centrada del combate de la IV Internacional por parte de los pablistas y de sus cómplices americanos, decidían buscar la C.I. por otras vías. Y lamentablemente, creían encontrarlas. ¿Dónde? En múltiples centros "reconstructores" o "constructores" de la IV Internacional. Centros que proclamándose garantes de la ortodoxia más pura, no eran mas que subproductos de la crisis general. Los nuevos "centros dirigentes" dedicaban todas sus energías al mantenimiento —a poco más se dedicaban— de sus "alternativas" organizativas, cada una de las cuales, con su fisonomía particular en base a desmarques irrisorios, aspiraba a solucionar la crisis de la C.I. de un modo definitivo. Por supuesto, tales alternativas, en ningún momento de su historia, han constituido salida alguna.

La evolución de estas corrientes se ha cimentado sobre la base de un continuo maniobreo fraccional en torno a las organizaciones de la IV, un parasitismo peculiar justificado "por las responsabilidades que no les incumbían" y las correspondientes revisiones que se han ido acumulando a lo largo de los años. En cualquier caso, les cabía un consuelo pues eran portadores de un alto destino: el de la liquidación final del pablismo y la restitución de la pureza original de la doctrina. Sólo había y hay un problema para los compañeros tan preocupados con las continuidades, el fin del pablismo es su propio fin. ¡Fatal continuidad! Acabar de veras con el pablismo —empresa muy recomendable— exige acabar con todos los antipablistos —empresa no menos recomendable— y no hay ningún "centro reconstructor" dispuesto a ello. En efecto, las "reconstrucciones" de Lambert y Healy, las "construcciones" de Vargas, los "renacimientos" de Spartaco, los "reenderezamientos" de Hansen no pretenden acabar con el pablismo, pretenden, con ataques más o menos virulentos contra el "pablismo liquidador", mantener en el campo de los aparatos a aquellos militantes de la Internacional que indagan las causas de nuestros males y buscan nuevas soluciones. Aunque más prosaica, esa y no otra es su elevada misión. Una misión que debe ser caracterizada con precisión. Nos hallamos ante una empresa de mixtificación que huye toda explicación política seriamente fundada sobre la naturaleza y el origen de los problemas de la C.I., contribuyendo al mantenimiento y profundización de la crisis.

Los compañeros que, a diferencia de Healy o Vargas, no proclaman que ya han construido la Cuarta Internacional, periódicamente, presentan propuestas de unificación más o menos atrevidas. Nada más lejos de la voluntad de estos compañeros que el llevar a cabo objetivo tan indispensable. Ni unos, ni otros, están dispuestos a llevar adelante un auténtico balance de estos últimos 25 años, en el marco de una Internacional unificada. Un balance de estas características, en estas condiciones, resultaría excesivamente penoso para todos. Más allá de esto, hay otro argumento de mayor peso. Hoy, la Cuarta Internacional, tras la fachada de un acuerdo programático general, acuerdo que analizaremos detenidamente en próximas tesis, con una referencia común al marco centralista democrático es una organización en la que es dominante la tendencia hacia la progresiva descentralización política y organizativa, aunque todos den por sentado la colosal importancia del centralismo democrático. Cada vez más, la C.I. es un bloque de partidos independientes de toda centralización política, llevando cada uno de ellos una política cada día más estrechamente nacional y de aproximación a sus respectivos aparatos tradicionales. En la periferia, los "centros reconstructores" necesitan la "independencia" para garantizar su propia existencia política y organizativa. Creemos que esa es la tendencia profunda que,

IX.— LO QUE TODOS SE CALLAN

Pablo ha sido el chivo expiatorio oportuno para todas las corrientes que se reclaman de la Cuarta Internacional. Para un militante que estudie las distintas historias de la C.I. —cada corriente tiene la suya propia— resulta paradójico observar como todos coinciden en señalar a Pablo como el responsable de la crisis de la Cuarta. Diríase que nuestra Historia es hasta el 53 una balsa de aceite y que en esa fecha, o poco antes, con la aparición del pablismo se inician las crisis sucesivas. La verdad es otra muy distinta. Y explicado como está el pablismo en los planos analítico, programático y organizativo, lo que hay que aclarar son las bases programáticas, estratégicas, tácticas y organizativas inherentes a la Cuarta que permiten el surgimiento, la consolidación y supremacía del pablismo en la Internacional. Una interpretación honesta de nuestra Historia debe llevarnos a la siguiente conclusión:

La adopción de las Tesis de Pablo en el III^{er} Congreso Mundial —con la aprobación de casi todas las secciones nacionales— y las negativas implicaciones que de ahí se derivan, sólo puede entenderse, si se admite que las mismas son el producto extremo de premisas de nuestro propio programa fundamental, que como desarrollaremos, ve en la estatización del aparato productivo los fundamentos económicos del socialismo, la esencia obrera que dota de contenido a la dictadura del proletariado. Lo que hará Pablo es sacar partido de las contradicciones existentes en nuestro programa.

Concepciones teóricas erróneas, lagunas muy importantes y esenciales desarrollos teórico-políticos emprendidos por el conjunto de nuestro movimiento tras la II^a Guerra Mundial engendraron el pablismo como reacción más extrema y pusieron en precario la existencia política y organizativa del movimiento trotskista, arrastrándole de crisis en crisis. Lo que todos se callan es que Pablo no era un enano agazapado que pretendiera destruir la Internacional, sino que el entrismo "sui generis" que preconizó y llevó a cabo durante muchos años, era el producto combinado de las siguientes tesis:

- a) La estatización del aparato productivo y la planificación estatal como el fundamento económico del socialismo.
- b) Aparición por doquier de "Estados Obreros" en una época —la de la decadencia capitalista— en la que las tendencias universales al estatismo, comportaban que el Estado tomara en sus manos todo el orden económico y social, sobre todo en los países atrasados.
- c) Defensa incondicional de la URSS.
- d) La inminencia de la III^a Guerra Mundial.
- e) Maniobrerismo vulgar, ligado por un lado, a la concepción dominante en la Cuarta sobre la relación entre el partido y la clase, la dirección y la base y por otro lado, al consabido tacticismo desarrollado para dirigirnos a la conquista de los "cuadros naturales" de la clase.

Esta y no otra es la naturaleza del entrismo "sui generis" de Pablo y de todos los que le apoyaron. A pesar de las duras críticas al pablismo desde todos los ángulos, lo que todos se callan son los problemas de fondo comunes a todo el movimiento. Pasemos a examinarlos detenidamente.

X.— EL CAMARADA HANSEN Y EL ORIGEN DE LAS DIFICULTADES

Los desarrollos teóricos y políticos a los que aludíamos y que introdujeron graves distorsiones en nuestro programa fundamental

hacen referencia al stalinismo y a la burocracia en todos los llamados "Estados Obreros degenerados".

Ha sido el camarada Hansen quién, polemizando en 1969 con el camarada Garrett —ambos pertenecientes al SWP— ha reflejado con mayor claridad y concisión el conflicto establecido entre algunos postulados marxistas-leninistas tradicionales y determinadas elaboraciones llevadas a cabo por la Cuarta Internacional a finales de los años 40.

Nos dice el camarada Hansen:

"Al momento del triunfo de la revolución china sobre Chiang-Kai-Shek y sus soportes imperialistas, nuestro movimiento se vio en la necesidad de explicar la contradicción entre ciertos postulados teóricos sostenidos durante mucho tiempo, y el real curso de los acontecimientos. Los postulados son los siguientes:

1. El campesinado como clase no puede dirigir una lucha revolucionaria hasta el éxito.
2. Esto puede ser logrado únicamente por el proletariado.
3. El proletariado no puede lograrlo sino organizando un partido revolucionario marxista.
4. El stalinismo no representa al marxismo revolucionario; en esencia, él mismo es contrarrevolucionario.
5. El stalinismo representa un retroceso temporal en el primer Estado obrero; el avance de la revolución lo condenará a desaparecer y no reaparecerá.

A pesar de estos postulados que parecían haber sido completamente establecidos tanto por importantes consideraciones teóricas como por una montaña de evidencia empírica, en la revolución china el proletariado no jugó un rol dirigente como clase. Más bien, este rol fue asumido por el campesinado.

Aún más, ningún partido revolucionario marxista se formó en una escala masiva. En cambio, un partido stalinista se puso a la cabeza de las fuerzas revolucionarias y llegó al poder mediante una lucha que finalmente derribó al capitalismo.

Finalmente, el stalinismo fue cultivado de manera completamente consciente por el nuevo régimen. Hoy esta escuela de pensamiento ha culminado en un culto a la personalidad que ha llegado a sobrepasar a su modelo de la Unión Soviética.

El problema que enfrentó nuestro movimiento fue el de tener que explicar estas contradicciones, y determinar las lecciones que debían extraerse y lo que éstas presagiaban para el futuro" (VI).

Tan lúcida exposición y captación de las contradicciones esenciales denota que sectores de la Cuarta Internacional eran conscientes de estas dificultades. Conviene matizar que estas dificultades no se inician con la revolución china, como parece que se desprende de la lectura del libro de Hansen que hemos entrecuillado, sino que se heredan de los análisis y las posiciones mantenidas por la Internacional respecto al stalinismo y a las burocracias en los países del Este, justo al finalizar la IIª Gran Guerra. Obviamente, estas dificultades se prolongan y se redoblan con la aparición de nuevos "Estados Obreros" deformados en Corea, Cuba, Vietnam del Norte y recientemente, Vietnam del Sur y Camboya.

El postulado de la lista del camarada Hansen que aquí nos interesa destacar es el número 5, pues lo consideramos eslabón decisivo de la cadena de problemas que vamos a tratar a continuación. Tal postulado condena la respuesta de León Trotsky a los problemas que aquí abordamos y durante décadas esa posición ha sido inmutable —a pesar de distintos intentos frustrados— en el movimiento trotskista internacional. E, incluso, ha sido una respuesta coherente, aceptada como válida por amplios sectores del movimiento obrero de inclinación no stalinista.

XI.— LA RESPUESTA DE LEON D. TROTSKY (VII)

He aquí, la respuesta de Trotsky en apretada síntesis:

- 1.— La degeneración burocrática del Estado Soviético en la URSS fue el resultado específico de una combinación del carácter

económicamente atrasado del país y del aislamiento de la revolución. Estos dos factores influyeron decisivamente sobre un proletariado débil numéricamente, que en medio de una población mayoritariamente campesina no pudo desarrollar con entera libertad la economía socialista. La guerra civil y la derrota de la revolución europea agotaron sensiblemente la capacidad entusiasta del proletariado ruso y progresivamente, el Partido bolchevique primero y la fracción stalinista después, ocuparon su lugar en la gestión de la sociedad rusa.

- 2.— Esta degeneración no afectó a la naturaleza de clase del Estado soviético. Tal degeneración fue una contrarrevolución política. La base fundamental de esta argumentación era la siguiente: la naturaleza del Estado se halla determinada por las relaciones de producción que no han variado y siguen siendo socialistas. El carácter socialista de la producción se manifiesta en Rusia por el hecho de que la propiedad ha sido nacionalizada, la producción planificada y se ejerce el monopolio del comercio exterior.

En tanto en cuanto estas bases "socialistas" subsistiesen, el Estado ruso continuaría siendo un Estado obrero y la defensa incondicional del mismo frente al imperialismo se imponía. Era deber inexcusable de todos los revolucionarios defender a la URSS frente a las agresiones de cualquier capitalismo.

- 3.— No obstante, el Estado ruso era un Estado obrero degenerado. En su cúspide, dominando la escena política, económica y cultural, se hallaba la burocracia stalinista, excrescencia pequeño-burguesa del proletariado, operando como un instrumento de presión del imperialismo y preparando el advenimiento de la restauración capitalista. Había que derrocar a la burocracia y se hacía indispensable la preparación y la realización de una revolución política contra ella.

- 4.— Esta burocracia, aún siendo una formación social fuertemente cristalizada, con intereses inmediatos y mediatos propios, no era todavía una clase. Era una capa parasitaria accidental sin un papel histórico propio que desarrollar. Una capa inestable que se veía brutalmente desgarrada por la siguiente contradicción: de un lado, sus intereses de capa privilegiada que la impulsaban a fomentar tendencias restauracionistas y de otro lado las conquistas de Octubre —la nacionalización y la planificación— que eran el fundamento histórico de su existencia como capa dirigente de la sociedad soviética.

- 5.— La burocracia stalinista era un fenómeno histórico-social de carácter accidental. La contradicción arriba aludida no podía mantenerse durante mucho tiempo. La disyuntiva histórica fundamental debía resolverse, ineluctablemente en los siguientes términos: o retorno al capitalismo o avance en la construcción del socialismo, mediante el derrocamiento revolucionario de la burocracia parasitaria. Esta concepción se manifiesta en términos tajantes en el Programa de Transición (VIII).

Sin vacilar, Trotsky sometió su concepción a la prueba de los hechos. La Guerra Mundial que se avecinaba sería la piedra de toque para un pronóstico político de gran importancia. Para el revolucionario ruso la formación histórica monstruosa que era la burocracia, producto del aislamiento de la revolución en un solo país, no podría sobrevivir la contienda mundial. Más aún, Trotsky aseguró que si la guerra inminente no acababa con la burocracia y con el triunfo de la revolución mundial, habría que revisar el análisis y el programa. Si la guerra inminente no acababa con la burocracia y con el triunfo de la revolución mundial, habría que revisar el análisis del régimen soviético y admitir que stalinistas y fascistas habían esbozado ya un nuevo tipo de régimen de explotación (IX).

- 6.— Los partidos stalinistas irían rompiendo amarras con el Kremlin y se convertirían en simples organizaciones social-patriotas al servicio de sus burguesías respectivas. Un proceso de estas características implicaría la dislocación de estos partidos.

En supuestos excepcionales, fuerzas pequeño-burguesas —incluidos los stalinistas— podían verse forzados a dar pasos que hubieran preferido evitar en la ruptura con el orden burgués. Aunque eso no implicaría ir más lejos del establecimiento de gobiernos obreros y campesinos.

7.— Por último, también excepcionalmente, Trotsky no descartó como posible que por mediación del Ejército Rojo, la burocracia rusa invadiera algún "pequeño país" —con el objeto de "procurarse garantías militares" frente al imperialismo amenazador y en definitiva, salvaguardar sus propios intereses— y al tiempo expropiara a los grandes capitalistas y terratenientes e introdujera el control obrero en las fábricas y los comités campesinos en el campo. En tal caso, la invasión podía justificarse. La defensa del Estado obrero se hacía imprescindible en el conflicto armado. Finlandia evidenciaba este supuesto y la invasión de Georgia en 1921 le servía como precedentes (X).

XII.— EL MOVIMIENTO TROTSKISTA Y LA PRUEBA DE LOS HECHOS

Diez años de historia intensa se encargaron de hacer patente que los pronósticos realizados por Trotsky en este terreno eran esencialmente incorrectos.

Contrariamente a lo esperado por Trotsky el régimen burocrático de la URSS no sólo sobrevivió la prueba de la sangrienta guerra mundial, sino que salió reforzado considerablemente extendiéndose a media Europa. La burocracia stalinista, aquella "crecencia parasitaria sin rol histórico, no sólo no fue aplastada por el curso de la guerra sino que encabezó con fuerza inaudita el pillaje sistemático de medio continente europeo.

La guerra no se transformó en revolución mundial. Las contradicciones a las que estaba sometida la burocracia rusa se revelaron notablemente distintas a las previstas por el revolucionario ruso y el poder autocrático de Stalin y su canalla fue incuestionado e incuestionable en la URSS y en los países bajo su órbita durante algunos años. Bastaron unos pocos años para que se instauraran regímenes similares en Yugoslavia primero y en China después.

El movimiento trotskista de los años 40, esquilmo brutalmente por las fuerzas del Eje y por la GPU, rota la continuidad de la mayoría de las secciones trotskistas en Europa y Asia, asesinado Trotsky y hallándose la mayor parte del movimiento disperso y sin dirección política, se reveló absolutamente incapaz de interpretar la cambiante realidad política y de llevar adelante, con éxito, un debate fructífero que clarificara hasta las raíces las graves y complejas cuestiones teóricas y políticas que la aguda lucha de clases planteaba a nuestro movimiento.

De hecho, la guerra y la postguerra no sólo invalidaban las previsiones de Trotsky sino que además, los conceptos fundamentales de su teoría sobre la burocracia quedaban reducidos a muy poca cosa.

El recién construido movimiento trotskista no sólo no admitió la quiebra de aquellos presupuestos teóricos —hoy aún estamos lejos de haberlo admitido— sino que cerrando los ojos a las nuevas situaciones creadas, se aferró dogmáticamente a la letra de los escritos de Trotsky y se aventuró en el proceloso mar de "elaboraciones" nuevas que trataran de explicar la realidad de alguna manera y a la vez, justificaran los caducos presupuestos de la Internacional en este ámbito.

La realidad cambiante obligó al joven movimiento a divertidas piruetas para justificar, de hecho, la carencia de instrumentos teóricos con los que realizar análisis serios. Las teorías "de la asimilación estructural" en los países del Este; del "titoísmo, centrismo de izquierdas"; de "la pervivencia de regímenes tradicionales" en el Este, etc., son muestra de algunas de las "elaboraciones" de la época.

¿Qué es lo que debía revelar un análisis serio de la nueva realidad? Cuando menos, cuatro elementos esenciales saltaban a la vista:

1.— Quiebra de la definición de Estado obrero degenerado. Para Trotsky, tal régimen sólo era posible como degradación de un Estado surgido de una revolución proletaria. Ninguna otra posibilidad era admisible para los marxistas. La propiedad estatizada, la economía planificada, la eliminación de la burguesía y su

estado eran totalmente imposibles sin una revolución proletaria. Una revolución proletaria era irrealizable sin un partido marxista revolucionario.

2.— Hundimiento del excepcionalismo histórico de la concepción de Trotsky sobre el surgimiento de la burocracia stalinista en la URSS y sobre la degeneración del primer Estado obrero. De modo harto evidente, los acontecimientos en el Este de Europa y poco más tarde en China demostraban que la burocracia podía nacer por otras vías y que esa misma burocracia podía ser la impulsora decisiva de un tipo de régimen social no previsto por la tradición del pensamiento marxista.

3.— Bancarrota del excepcionalismo sociológico de la concepción de León Trotsky acerca de la burocracia y su dominación. El "aislamiento" de la revolución y el "atraso" económico del país quizá podía explicar el fenómeno del surgimiento de la burocracia pero no explicaba sus 25 años de dominación total y su interrumpido ascenso social como capa privilegiada. El famoso cansancio de la clase obrera rusa en los años 20, se desvanecía a tenor del titánico esfuerzo desplegado por el pueblo ruso, encabezado por la clase obrera en la guerra mundial contra el invasor nazi y la vuelta a una prolongada "pasividad" política y organizativa tras el conflicto armado.

4.— El análisis de Trotsky sobre los partidos comunistas, su naturaleza, sus fines y sus procedimientos, era más bien incompleto.

Más allá de ese período histórico, los años 50 y 60 evidenciaron con brutal realismo la debilidad estructural de nuestros presupuestos teóricos y políticos. Con Corea, Vietnam, Cuba y Vietnam otra vez, nuestros "graníticos" esquemas volvían a saltar por los aires hechos pedazos. ¿Nuevos sobresaltos, nuevas dificultades? ¿Cuál era realmente el carácter de los nuevos Estados implantados? ¿Cuál era la verdadera naturaleza de los partidos stalinistas? ¿Cuál era el auténtico carácter de las nuevas fuerzas pequeño-burguesas que entraban en acción? De nuevo y una vez más, había que "salvaguardar" el "programa". El movimiento trotskista repetía la operación. De nuevo y una vez más, la letra muerta convertida en indestructible principio y la ausencia de análisis políticos fundamentados bendecían aquellos pseudo-desarrollos.

XIII.— TROTSKY NOS DEJO PUERTAS ENTREABIERTAS

Resulta obvio que un análisis profundo y exhaustivo de la cambiante realidad política debía haber sido emprendido. Indudablemente, un análisis de estas características hubiera topado con las propias limitaciones de Trotsky. Había que superarlas o entregarse a una repetición desprovista de significado de las elaboraciones y previsiones del fundador de la IV Internacional. Secularmente, el movimiento trotskista ha optado por la segunda posibilidad. Veámos ahora aquí, sucintamente cual es la discusión que no se prosiguió; cuáles eran las limitaciones objetivas en el análisis de Trotsky.

Tales limitaciones hacen referencia, fundamentalmente, al carácter del fenómeno que Trotsky estudiaba. Aparecía ante él, un fenómeno nuevo, único en la historia, no previsto por el pensamiento marxista revolucionario y se presentaba como un proceso específico, un tanto independiente del contexto en el que se desarrollaba. Era inevitable el observar atentamente como se desarrollaba y en qué concluía. Verdaderamente el proceso no podía ser aprehendido con la facilidad que era posible quince años más tarde.

En cuanto a las limitaciones subjetivas de Trotsky —errores teóricos que darían lugar más tarde a errores políticos— se concentran en dos puntos fundamentales:

- Un tratamiento superficial y erróneo de los elementos económicos de base acerca del Estado obrero.

- Una posición aparatista-fetichista hacia el partido bolchevique, hacia su propio partido.

Analicemos el primero de los dos puntos. Trotsky, a lo largo de sus múltiples polémicas sobre estas cuestiones en sus últimos años, redactó cientos de páginas con análisis importantes, descripciones detalladas muy interesantes, ingeniosos ataques contra sus oponentes, pero lo que nunca hizo fue analizar con profundidad las relaciones de producción efectivas existentes en la URSS. No bastaba con repetir que las relaciones de producción son el fundamento real de la división de la sociedad en clases, había que examinar como se manifestaban tales relaciones más allá de las declaraciones oficiales sobre las formas jurídicas de la propiedad y de los métodos y técnicas de gestión de la sociedad.

Un análisis del contenido social y económico efectivo de las relaciones de producción en Rusia demostraba, palmariamente, que aquellas relaciones eran relaciones de explotación, y que la burocracia dominante no era una capa parasitaria sin ningún papel histórico que desarrollar, sino una clase explotadora que detentaba el poder político y el económico.

Las limitaciones específicas de Trotsky en este punto se condensan en cinco apartados:

1.- Formalismo jurisdiccional. Ciertamente, Trotsky aceptó como buena la identificación oficial entre propiedad y producción, confundiendo el contenido social y económico efectivo de las relaciones de producción, es decir, de las relaciones sociales concretas, de hombre a hombre y de clase a clase en la producción constante, diaria, de la vida material, sometidas a unas determinadas condiciones previas, con las formas jurídicas de propiedad, es decir, con la expresión jurídica—expresión abstracta de una parcela de la realidad social— de las relaciones de producción existentes. Trotsky no caerá en la cuenta del papel que esa expresión jurídica desempeña como abstracción de la realidad, siendo forma adecuada de la realidad para los que detentan el poder político, cuyos intereses expresa, y forma mixtificada de la realidad para el conjunto de la sociedad restante.

2.- Identificación automática de la "propiedad estatizada", de la "planificación", etc., con el carácter socialista de las relaciones de producción. Trotsky aferrándose a la eliminación de la propiedad privada tradicional en la URSS y en el paso que supone la planificación de la economía, no verá como los obreros rusos, que siguen desposeídos absolutamente de los medios de producción, que no ejercen control político alguno sobre el aparato estatal, siguen siendo explotados, ahora por la burocracia dominante. Esa clase, como genuina propietaria colectiva de los medios de producción, se dedicará a una planificación superacabada que garantice la explotación integral de los trabajadores.

3.- Separación de la esfera de la producción—que tendría un supuesto carácter básicamente socialista— de la esfera de la distribución. Para defender esta concepción tendrá que distorsionar la tradición marxista en dos puntos. Uno, la producción, la distribución, el cambio y el consumo son, sin ser idénticos, elementos inseparables de un todo y cada una de estas categorías viene determinada por el resto. De tal suerte, el modo de distribución del producto social—contrariamente a lo defendido por Trotsky— es inseparable del modo de producción. Dos, en la tradición marxista, la supervivencia de normas burguesas en la fase inferior del comunismo, es expresión transitoria—implicando desigualdades en la retribución— de la desigualdad heredada de la sociedad capitalista, pero en modo alguno es el mantenimiento o la eventual agravación de la explotación del trabajador a través del régimen salarial.

4.- Relación de oposición violenta y prolongada entre las bases socialistas en la economía y un régimen totalitario contra las masas en la superestructura. De nuevo, Trotsky está en contradicción con las tesis marxistas tradicionales. La forma de propiedad estatal, la estatización, la planificación no aclaran en absoluto el contenido de una determinada economía. Esos elementos deben ser definidos en función del carácter del Estado. El carácter de un Estado se define en función de quién detenta el poder político y económico. Ese es el hecho determinante. En

oposición a esto, Trotsky, de hecho, se pronuncia por una autonomía completa de la esfera política respecto a la esfera económica, y no coyuntural sino estructuralmente.

Lo que tal planteamiento descuida es que la dictadura proletaria es ante todo y en especial en la fase inferior del una cuestión de formas políticas y no de simples formas económicas. La dictadura proletaria es justo la forma de dominación política que adopta la clase obrera para edificar el socialismo y combatir a las clases no interesadas en su construcción. Con la desaparición de las clases sociales desaparece la necesidad de la dominación política del proletariado. Hasta entonces, la dominación política del proletariado es imprescindible. Así pues, la nacionalización y la planificación no bastan en absoluto para poder hablar de bases socialistas. El error teórico de Trotsky le llevará a defender que el proletariado es la clase dominante en la URSS y que el carácter de la revolución pendiente contra la burocracia usurpadora es político y no social.

5.- Por último, debido a los problemas sucintamente resumidos hasta aquí, Trotsky no logró comprender el proceso de deformación del Estado obrero soviético y como se plasmaba el proceso concreto. La compleja aparición de los distintos componentes de la omnipotente burocracia, la rápida apropiación del Estado, el crecimiento increíble del mismo, el reparto de tareas entre los diversos sectores de la burocracia, sus fuertes lazos de solidaridad, el papel del partido como aglutinante de todos ellos, la lucha desencadenada contra el proletariado y los campesinos para la toma y consolidación de su poder, la exterminación implacable de la vieja guardia bolchevique, etc., no serán explicados satisfactoriamente por Trotsky.

Pasemos ahora a estudiar el segundo de los puntos generales. León Trotsky va a encontrarse preso, dramáticamente encadenado, a su concepción del partido bolchevique y del papel del mismo en relación a las masas y del rol de la dirección respecto a la base. La posición aparatista y fetichista se manifiesta a principios de los años 20 con gran intensidad. Desoyendo a Lenin, Trotsky emprende una política de pactos y concesiones con el aparato pro-stalinista del partido que le irá paralizando sucesivamente—y con él, al conjunto de la Oposición de Izquierdas— en los momentos decisivos de la gran batalla de los años 20. Alejada de la base del partido, la Oposición de Izquierdas restringe su lucha a la cúspide. La actitud hacia el Partido que tiene razón por encima de todo y de todos, junto con su completo desamparo teórico, va a incapacitarle de nuevo, entre 1927 y 1935, para explicar satisfactoriamente las contradicciones del proceso burocrático y no hará mas que denunciar los crímenes de los stalinistas en nombre de la pseudo-teoría del bonapartismo. Aún la misma ruptura de Trotsky con el partido bolchevique stalinizado y la decisión de fundar la IV Internacional es lamentablemente tardía y no está exenta de ambigüedades. Para el dirigente bolchevique no cuenta, en ningún momento, la evidencia que el propio partido bolchevique jugó en la degeneración. Digamos aquí de pasada, que causas más profundas y que son comunes a toda la Oposición de Izquierdas mundial, habría que buscarlas en el desconocimiento de lo que suponía la herencia de la II Internacional en las filas de la Internacional Comunista. La ruptura parcial, incompleta, del bolchevismo con la socialdemocracia había concentrado y prolongado el problema de la burocracia convirtiéndolo en un problema de difícil resolución en el marco teórico en el que los bolcheviques se movían. En efecto, los peores aspectos de la herencia socialdemócrata relativamente contrarrestados en el periodo de ascenso de la revolución, pasaron, al acabar la guerra civil, a primer plano. La concepción sustituita del papel del partido, concebido como institución monopolizadora de la dirección de la clase, desarrolló todas sus consecuencias, al confundirse cada vez más el partido con el aparato del Estado y vaciar de todo contenido a los Soviets. La identificación de las medidas de "capitalismo de Estado" con la creación de las bases del socialismo—o, al menos, con un paso en esa dirección— aceleró el curso de la degeneración.

A pesar de las limitaciones aquí presentadas, León Trotsky, marxista ortodoxo y revolucionario honesto, no cerraba todas las puertas, nos dejaba puertas entreabiertas.

Si, el fundador de la IV Internacional legaba a nuestro movimiento un par de elementos de importancia significativa que podían y debían haber orientado todo nuestro trabajo tras la II Guerra Mundial. Como hemos visto, no sucedió precisamente así.

El más importante de esos dos elementos era su actitud general ante la teoría. Inserto en lo más genuino de la tradición marxista, para él, sin teoría revolucionaria no había práctica revolucionaria. Suya es la frase: "Lo más peligroso en política es convertirse en prisionero de tu propia fórmula, que era apropiada ayer pero que está desprovista de contenido hoy"; actitud que prueba que la teoría no se graba, definitivamente, en una piedra de mármol. Antes al contrario, la teoría está sujeta, ineluctablemente a la prueba de los hechos. La teoría guía la acción de las masas pero la acción de las mismas, sus propias experiencias, inciden de lleno en la teoría enriqueciéndola, modificándola y eventualmente, desautorizándola. Trotsky se esforzó durante toda su vida por demostrar que ninguna teoría es inmutable y que ningún pronóstico es más que eso, un pronóstico. En particular, sus últimas discusiones con la oposición pequeño-burguesa en el SWP —Shachtman y Burnham— a finales de la década de los años 30, reflejadas en "En Defensa del Marxismo" patentizan de forma inequívoca aquella voluntad.

Consecuente con esa posición hemos visto ya en la tesis número 11 lo que llegó a escribir en "En Defensa del Marxismo" si la Segunda Guerra Mundial acababa sin la victoria de la mundial. He aquí el segundo elemento: Trotsky nunca rechazó la posibilidad de que acontecimientos posteriores con sus correspondientes análisis obligaran a nuestra Internacional a un cambio profundo y radical sobre la cuestión rusa, con las enormes implicaciones que ello llevaría consigo.

Lo que Trotsky nunca dijo y los camaradas que firmamos este texto sí lo decimos, es que forzar a aquellas puertas comportaba abandonar el enfoque "marxista" tributario de la Segunda Internacional y que estaba parcialmente presente en la III y en la IV Internacional, en el tratamiento de alguna de las cuestiones planteadas.

XIV.— LA IV INTERNACIONAL CERRO LAS PUERTAS

Hemos visto que Trotsky nos dejó puertas entreabiertas. Tan solo unas pocas líneas para explicar lo que todos conocemos: la dirección de la IV Internacional las cerró todas. La Internacional recién construida no fue capaz de forzar las puertas para ir más allá de lo que Trotsky, condición indispensable para saldar con éxito el asunto tremendo que se nos planteaba. Las tareas que era imprescindible asumir en este momento crítico de nuestra historia, no fueron abordadas.

En la tesis número 12 describíamos las características del movimiento trotskista a la salida de la conflagración mundial. Objeto de otro tipo de estudio es explicar el por qué de aquella situación, su origen y su evolución. Hagamos constar aquí que inacabables discusiones sobre las variopintas degeneraciones y deformaciones de los "Estados obreros", la burocracia y el stalinismo ocuparon muchas horas y muchos folios a nuestros cda... La discusión fue particularmente intensa en la sección americana. Numerosos militantes avanzaron posiciones —la misma Natalia Sedova Trotsky rompería con la IV Internacional por esta problemática (XI)— pero la internacional dirigida por Pablo, Cannon, Mandel y Frank ensordecía. La dirección de la IV manifestándose ajena al espíritu de Trotsky se aferró, obstinadamente al programa "definitivamente grabado". La "ortodoxia sagrada" se preservó pero el aislamiento y la incapacidad de nuestro partido se pusieron de manifiesto con particular virulencia.

Insistiremos en que desde esa época, la crisis ha sido compafiara leal y perseverante de la C.I.. Como los volcanes, las crisis se exteriorizan periódicamente en convulsiones violentas siempre con las mismas causas de fondo. Numerosas fracciones y escisiones por razones análogas jalonan nuestra maltrecha Historia.

Hasta nuestros días, pablismo —en sus más variadas acepciones— y antipablismos de distinto signo han constituido los dos polos complementarios de esta crisis; siempre sobre la base común del escamoteo de los problemas de fondo que son siempre la causa de todas las rupturas y fraccionamientos.

En su día la dirección de la IV y la Internacional en su conjunto no emprendieron —ni lo hemos emprendido todavía— el único camino posible: el de un nuevo impulso de la teoría revolucionaria con implicaciones profundas en los campos estratégicos, programático y organizativo.

XV.— CAMARADAS: ¡LAS CARTAS SOBRE LA MESA!

La revolución permanente que en el seno mismo de la teoría debía ser acometida se dejó para mejor ocasión. La Internacional con la cabeza debajo del ala, de espaldas a la transformada realidad, trató de ajustar desesperadamente los diversos y complejos acontecimientos que vivía a nuestros "postulados teóricos". Cuando las contradicciones se revelaban escandalosas —a menudo—, se echaba mano de un método incorrecto: se repetía una y otra vez los postulados teóricos inalterables y al tiempo, se colaba por la puerta trasera análisis y teorías en contradicción flagrante con el marxismo revolucionario. Por decirlo más claramente, se desnaturizaba nuestro programa día a día.

Con esta actitud y con este método, las tijeras entre los principios que señalaba el cda. Hansen y las sucesivas caracterizaciones amarxistas sobre los Estados Obreros, la burocracia y el stalinismo, se han abierto más y más. Adquisiciones fundamentales del movimiento marxista sobre las que se erigía la Cuarta Internacional, se han visto reducidas a postulados aplicables para revoluciones puras, que "sigan su curso principal". Poco a poco, como señalábamos en la tesis nº 3, nuestro programa ha ido desnaturizándose.

El mecanismo de destrucción lenta pero implacable de la IV Internacional como programa ha operado del siguiente modo: el postulado Nº 5 de la lista del cda. Hansen ha ido erosionando el resto de nuestro programa. En efecto, como veremos a continuación, tal presupuesto teórico —mantenido a ultranza— ha ido afectando e invalidando los otros cuatro presupuestos esenciales. El mantener ese quinto punto y en algunos casos, profundizarlo, con todas las implicaciones que ello comporta, junto con otros problemas —que analizaremos en nuestro segundo texto de tendencia— ha ido minando nuestra credibilidad ante los trabajadores e incidiendo progresivamente en nuestra crisis.

Veamos ahora, como estos postulados han entrado en conflicto y tomado carta de naturaleza estas revisiones a nivel programático:

1/ Hemos admitido y propagado el nacimiento del Estado obrero por obra y gracia de la burocracia militarizada —en el Este de Europa— utilizando a la clase obrera como peon pasivo de sus designios y necesidades anexionistas. Hemos aceptado y explicado el surgimiento del Estado obrero como producto de una "guerra popular" llevada a cabo por fuerzas campesinas sin movilización y organización del proletariado. Una y otra variedad de "conquista" del poder político dirigidas por stalinistas o por otras fuerzas pequeño-burguesas sin relación directa alguna con el movimiento obrero, como es el caso del castrismo en la revolución cubana. Episodio —por cierto— tenazmente teorizado por los cda del SWP con Joe Hansen a la cabeza.

Cabe preguntarse honestamente: admitido lo que antecede, ¿a qué quedan reducidos los postulados marxistas Nº 1,2,3,4 de la lista de Hansen? Por lo visto en estos países, el stalinismo sustituye al trotskismo en sus tareas y el campesinado ocupa el lugar

del proletariado en unos casos y en otros, la movilidad de la clase obrera para la toma del poder no es imprescindible.

2/ Hemos hecho nuestra propia redefinición de los contenidos básicos de la dictadura proletaria y en particular, nuestra propia interpretación de lo que es la fase inferior del comunismo. Ignorando al Marx del "Programa de Gotha" e incluso al Lenin de "El Estado y la revolución", hemos inducido a confusión a la vanguardia revolucionaria más consciente.

Hemos argumentado —con Trotsky— que la propiedad estatística de los medios de producción, la planificación y el monopolio del comercio exterior, en sí mismos, eran las "bases socialistas" que conferían tal carácter al Estado obrero. Con Trotsky, hemos hecho una apología de:

- la progresividad de la acumulación nacional del capital y de
- La progresividad de las nacionalizaciones en sí, tendencia específica del capitalismo decadente, que hemos elevado a la categoría de consigna progresiva en nuestro programa.

Detengámonos aquí un instante.

Nuestro movimiento viene defendiendo vehementemente la posibilidad y a la vez la necesidad de la revolución proletaria mundial para la consecución del socialismo en todo el planeta. Para nosotros esta afirmación no es un aserto teleológico, sino que se apoya en dos premisas esenciales: el carácter mundial de la economía y el carácter anárquico de esa economía capitalista que camina derecha a la catástrofe. Para la Internacional, esta concepción invalida la teoría del socialismo en un solo país y la concepción de la revolución por etapas. Todo esto es absolutamente correcto. Pero no hemos pasado de aquí. De tal planteamiento se infiere otra conclusión. Esta concepción —revolución proletaria y socialismo mundial— debe comportar en el plano programático que la autonomía que le hemos dado a la "revolución colonial" es falsa. No puede devenir y no deviene de ese planteo, ni de ningún otro.

Leamos: "La emancipación de las colonias sólo es concebible si se realiza al mismo tiempo que la de la clase obrera de las metrópolis. Los obreros y los campesinos no sólo de Anan, de Argelia o Bengala sino también de Persia y Alemania nunca podrán gozar de una existencia independiente hasta el día en que los obreros de Inglaterra y de Francia, luego de derrotar a Lloyd George y Clemenceau, tomen en sus manos el poder gubernamental". (XII). Quien así se expresa es la III Internacional en marzo de 1919. Este sí que es un planteamiento correcto de la cuestión colonial.

Colocada la revolución proletaria en los países atrasados en su justo lugar, hay que situar con precisión el carácter y la función de la dictadura revolucionaria mundial de los Consejos Obreros. Como forma política de dominación del proletariado, indispensable para la construcción del socialismo. Como hemos visto anteriormente, Trotsky traslada a la clase obrera, la indiferencia de las formas del poder político, indiferencia propia del Estado burgués pero completamente ajena al Estado proletario.

Desterrando esa concepción hay que enunciar explícitamente que la planificación, la nacionalización, el monopolio del comercio exterior, etc. es mera palabrería, si la clase obrera no ejerce su poder político a través del control absoluto del Estado, de los medios de producción, de la economía. No hay ni puede haber delegación posible. Ningún partido u organización política puede tutelar ese proceso en nombre de los intereses de la clase obrera. El proletariado, y sólo el proletariado con su auto-organización y apoyado en sus aliados sinceros debe controlar el poder político conquistado, es decir, debe controlar todos los resortes del aparato del Estado, de la producción en su conjunto, e iniciar así la desaparición consciente del Estado. En otras palabras frente a las seductoras "nacionalizaciones" y "autogestiones", el proletariado opone la gestión total de la sociedad, el poder político directo. De hecho, la naturaleza de ese poder político es antiestatal.

Esta concepción lleva a subrayar que la esencia del socialismo es la liquidación consciente y apresurada de las relaciones sociales de producción capitalistas, esto es, de los salarios, de las mercancías de la acumulación de capital, de las fronteras nacionales, etc

y a la liquidación consciente de todos los mecanismos que reproducen y perpetúan esas relaciones sociales, i.e., del trabajo intelectual/trabajo manual, campo/ciudad, hombre/mujer, dirigentes/ejecutantes, etc.

¿Acaso sucede algo remotamente parecido en lo que hemos denominado "Estados obreros" deformados o degenerados? ¿No! Entonces, ¿cómo, qué supuestas "progresividades" estamos defendiendo? ¿Qué papel está jugando nuestra consigna sagrada de "Defensa incondicional de la URSS y demás Estados Obreros"?

En verdad, la realidad de estos países es muy distinta.

La estatización de los grandes medios de producción ha suprimido —en estos países— el mercado interno de capital y la acumulación del mismo por particulares. Pero, pese a las proclamaciones constitucionales, no ha desembocado en la socialización efectiva de los medios de producción. La relación de los trabajadores con los medios sigue siendo la de desposeídos. Guardan con ellos la misma correspondencia que en un régimen capitalista tradicional. Deben vender su fuerza de trabajo por un tiempo determinado, cobrando una suma fija que responde al mínimo vital del momento. Deben participar en la producción bajo la forma de trabajo asalariado. Es evidente que frente a los obreros no aparecen disritos capitalistas, sino un agente que mantiene una relación con los medios de producción, esencialmente distinta a la que mantienen los trabajadores, que compra en bloque su fuerza de trabajo. Ahí está el Estado, como patrón y los directores y funcionarios, como jefes.

Es cierto, entonces, que en estos países la propiedad de los medios de producción pertenece al Estado. Pero el Estado pertenece a la burocracia. Podemos hablar de propiedad colectiva de los medios de producción, sólo si precisamos que la colectividad que los detenta se reduce a la clase estatal. Ante los trabajadores, los medios de producción, aparecen bajo una nueva forma de propiedad y posesión privada, i.e., una propiedad de clase. En plata, nos encontramos ante un nuevo reajuste dentro de las relaciones de producción,.... capitalistas.

En estos regímenes, la estatización de los medios de producción, no significa otra cosa que la estatización del capital en tanto que capital. Permite un refuerzo draconiano de la explotación de obreros y campesinos, reproduciendo mediante el trabajo asalariado un sistema desigual de distribución tanto de las condiciones de producción como de las de consumo. La clase gobernante en estos regímenes coloca un cierto valor monetario en recursos productivos a la espera de recaudar un valor monetario más elevado por intermedio de la producción. Para ello, paga unos salarios —bajísimos— a los trabajadores que se dedican a crear un valor superior al que representan los salarios obtenidos, esto es, plusvalía, en sentido estricto.

Aquel excedente, de puertas adentro, no tiene necesidad de pasar por el estadio de la concurrencia para devenir beneficio. De puertas afuera, sólo quien desprenda del reducido volumen de intercambio internacional de estos países, una opción histórica por la autarquía, puede cerrar los ojos a la realidad de un capital único que compite por mercados y beneficio en la arena internacional. En cualquier caso, éste no es objeto de apropiación por los burócratas particulares.

El producto social es repartido entre una masa de gastos improductivos de mantenimiento, defensa y apología del sistema —con sustanciosas rentas, con forma "salarial" para los burócratas— y una parte que se invierte en forma de capital adicional. En definitiva, no es el final de la acumulación de capital —y por tanto la abolición de la explotación del trabajo— lo que mueve a la burocracia en esos países sino la aceleración de la acumulación de capital nacional.

La acumulación perseguida se sitúa en el cuadro de la planificación, que, en sí misma no corresponde necesariamente a un modo de producción distinto del modo de producción capitalista. En estos regímenes, la planificación lejos de responder a la satisfacción de las necesidades sociales, responde a la valoración más elevada del capital en su conjunto y se halla determinada por las exigencias internas, el mercado mundial y la demanda de la concurrencia imperialista.

En fin, los regímenes de capitalismo burocrático contemplan todos los antagonismos propios de la producción de capital privado, excepto los ligados a la apropiación privada del beneficio. Si, cías., tales regímenes no son "sociedades socialistas" o "sociedades de transición al socialismo", lejos de aparecer como "un nuevo modo de producción" se presentan como una expresión particular de tendencias generales propias del capitalismo decadente, de cuya suerte participan.

Su "lugar histórico" viene determinado por un desplome catastrófico del sistema y de sus viejas clases propietarias y al tiempo, por el sometimiento del proletariado a una prolongada impotencia política debido a stalinistas, nacionalistas, etc., de todos los colores. Esas condiciones, exacerbadas en los países atrasados, hay que insertarlas en el cuadro más global de las profundas repercusiones de la crisis histórica de la dirección proletaria: el retraso de la revolución proletaria en los países capitalistas desarrollados y la fuerza de irradiación de los ejemplos, rusos, chino, cubano, etc.

Digamos también que el análisis de la naturaleza de estos regímenes nos indica que nos encontramos ante una expresión particular de una ley —elaborada por Marx y Enriquecida por Trotsky— muy familiar: la ley del desarrollo combinado y desigual. Esta ley permite formular con precisión los dos componentes fundamentales que caracterizan las economías de esos países, a saber:

- Acumulación primitiva capitalista mediante una concentración absoluta y totalitaria de los medios de producción.
- Adquisición de los elementos tácticos más "avanzados" del capitalismo monopolista decadente.

Todo ello arropado bajo las banderas del socialismo.

La combinación original de estos dos elementos implica de inmediato, un desarrollo muy acelerado de las fuerzas productivas teniendo en cuenta que una masa campesina muy importante cuantitativamente es empleada forzosamente en la naciente industria. En los primeros años, implica un crecimiento de la productividad social debido a la importación de técnicas productivas nuevas y a una explotación sin precedentes, organizada integralmente y sin posibilidad de contestación alguna por parte de los trabajadores. Al mismo tiempo, una severa restricción del consumo de los trabajadores hace posible una rápida acumulación de ahorro y su transformación en capital.

Ahora bien, este proceso finaliza, alcanzado un determinado nivel de industrialización y las tasas de crecimiento, de expansión económica, en todos estos países descienden progresivamente. Alcanzado un punto determinado, la tasa anual de expansión industrial ha ido decreciendo —desde los 50— vertiginosamente.

Por supuesto, que por efecto de la misma ley del desarrollo desigual y combinado, los signos inherentes a la decadencia capitalista están presentes en los primeros pasos de la industrialización masiva de todos estos países. Una planificación cuyos resultados han producido y producen graves desequilibrios entre los diversos sectores de la producción desproporcionados que afectan al comercio exterior y a la producción misma cuantitativa y cualitativamente; una carrera de armamentos imparable en competencia abierta con la OTAN; un despilfarro extraordinario, etc., son algunas de las constantes de la decadencia capitalista incorporadas a la producción, "planificada" y "racional" de los "Estados obreros".

Cías.: ¡las cartas sobre la mesa! Os consta lo que defiende la IV Internacional ¿Hasta cuando?

En otro orden de cosas, ¿se ajustan estos regímenes, que nos atrevemos a caracterizar como "Estados obreros" "aunque degenerados, a lo esbozado por Marx en el "Programa de Gotha"? Mucho nos tememos que no en demasía. ¡Henos aquí en conflicto otra vez con los postulados del marxismo clásico! Por "fortuna" la IV Internacional tiene sus "teóricos". El cda. Mandel ha "solucionado" algunos problemas urgentes e inaplazables con la teorización de una pretendida "sociedad de transición". Una tercera sociedad, ni capitalista ni socialista cuyo objetivo sería el desarrollo de los medios de producción en el que el socialismo mundial fuera posible como una sociedad de abundancia. Por

supuesto, tal sociedad podría establecerse a escala nacional. En otras palabras, una sociedad de transición con la "nacionalización de todos los medios bajo el control de los obreros, economía planificada democráticamente, pero aún con la producción de mercancías de bienes de consumo, con la supervivencia del dinero con comercio exterior y con un ejército de los obreros en tanto en cuanto subsista la amenaza de los Estados burgueses fuertes". Mandel dixit. (XIII).

De nuevo y una vez más —esta vez con una nueva redefinición de los contenidos esenciales de la fase inferior del comunismo— nos hallamos con una operación que pretende reconciliar lo irreconciliable, mantener nuestras consignas programáticas desnaturalizando nuestro programa y cuyo resultado contribuye a paralizar a lo más selecto de la clase obrera en su lucha irrenunciable contra el stalinismo y todas las burocracias.

Una última revisión toma cuerpo en nuestro programa:

3/ La tarea estratégica central de la IV Internacional, la construcción de fuertes secciones nacionales en todo el mundo ha quedado en entredicho. Veámoslo.

En los hechos, nuestra Internacional ha venido prescindiendo —en general— de la construcción de secciones trotskystas en el mundo colonial y en el mundo burocrático, pero no es hasta en 1963 cuando nuestro movimiento teoriza tal actuación. En 1963, en el Congreso de Reunificación y en el texto "Dialéctica de la Revolución Mundial" el Secretariado Unificado, consecuente con los planteamientos anteriores, reconocía la no necesidad por principio de la dirección de la C.I. para la instauración de Estados obreros en los países coloniales. Stalinistas y formaciones pequeño-burguesas de todo signo y condición podían hacer ese trabajo por nosotros, debido mayormente a las condiciones superexplosivas reinantes en estos países. Por supuesto, nuestro Partido sería el agente histórico final que encabezando al proletariado consumaría la "revolución Política" desplazando revolucionariamente a la perversa burocracia.

Por otro lado, en los "Estados obreros degenerados", nuestro proyecto de construcción de partidos no ha salido mejor parado. Unos abiertamente, como Mandel y otros veladamente, el resto, han renunciado a esta tarea en los países capitalistas burocráticos, vaciando de todo contenido una consigna ya en sí problemática como la de la revolución política. Los pronunciamientos y caracterizaciones oportunistas han ocupado el lugar de aquella tarea.

En Occidente, nuestro proyecto de construcción del partido revolucionario también ha topado —para desgracia de la revolución proletaria— con los errores en la teoría y en la práctica que denunciamos y con problemas de otra índole. La propaganda en torno al carácter socialista de los "Estados obreros degenerados" ha jugado entre los trabajadores el papel de mixtificación paralizante en unas ocasiones y de revulsivo antisocialista en otras. Ciertamente, nuestra propaganda no ha contribuido en nada a la indispensable clarificación política e ideológica del proletariado. Bien al contrario, hemos contribuido —y por ser trotskystas de un modo muy particular— a la confusión y desarme del proletariado y de los trabajadores que se han preguntado, ¿qué socialismo, prometemos? ¿Qué socialismo defendemos?

Si algunos camaradas piensan que la gravedad de la crisis actual del capitalismo llevará a las masas de las naciones industrializadas a inclinarse por la "superioridad" de las "bases socialistas" de los "Estados obreros", mucho nos tememos que se equivocan. La crisis del sistema capitalista engloba a los países capitalistas burocráticos. La creciente dependencia de estos países respecto al mercado mundial, la imparable desarmonización monetaria en el Este, la estructura deficitaria de la balanza comercial de los países del Este respecto al mercado mundial, —déficit que se incrementará debido a que la producción exportada por estos países, producción de baja calidad, no podrá resistir la agudización de la competencia que la crisis genera inevitablemente en el mercado mundial— el abusivo recurso al endeudamiento como mecanismo de financiación del déficit, etc., auguran un negro porvenir a estos países y a aquellas esperanzas.

No nos cabe duda alguna que no hay mucho espacio político para la construcción de un aparato que se presenta como una oposición crítica —y nada más que una oposición crítica— al stalinismo; que en el plano programático, promete nacionalizaciones a gran escala, eso sí, más radicales y con el aditamento de la violencia; que en el plano táctico, abusa de tácticas oportunistas con las que influir sobre la pequeña burguesía y así percutir, a costa de múltiples claudicaciones, en los "líderes naturales" de la clase que se encuentran en aquellos aparatos; que en el plano organizativo, con la promesa de un partido bolchevique puro y duro, maniobra a diestro y a siniestro para aparecer ante los ojos de los trabajadores como un aparato más en busca de su espacio vital. De hecho, camaradas, también hemos renunciado a construir partidos de clase, independientes, secciones nacionales de la IVª Internacional, en la misma Europa occidental. En otras palabras, no pensamos que haya ninguna opción para mini-burocracias ante la clase obrera de los países industrializados.

XVI.— LA CUARTA INTERNACIONAL HA PERDIDO UN TREN TRAS OTRO

Como hemos visto en tesis anteriores, ese perfecto motor de la Historia que es la lucha de clases, se ha mostrado generoso en brindarnos oportunidades para que los trotskistas ocupáramos el lugar que hubiéramos podido y debido ocupar en la arena de la lucha de clases, de poseer instrumentos teóricos y organizativos en consecuencia con las necesidades experimentadas por la clase obrera. No ha sido así. La Cuarta Internacional ha perdido un tren tras otro.

El levantamiento de los obreros berlineses en 1953, la insurrección del proletariado húngaro en 1956, la acción de los obreros polacos en ese mismo año, el XX Congreso del PCUS en el 56, las fuertes movilizaciones de los obreros europeos en la primera parte de la década del 60, las intensas movilizaciones e insurrecciones que en el Este y el Oeste jalonan el impulso cualitativo de la lucha de clases a partir del 68, la crisis sin precedentes en la que hoy se debaten burgueses y burócratas han encontrado, encuentran y de no remediarla van a encontrar a nuestro Partido Mundial en una indigencia teórica y organizativa, cuando menos, lamentable. Efectivamente, ante millones de proletarios, la IV Internacional no ha aparecido como una alternativa auténtica al stalinismo. La desnaturalización de nuestro programa fundamental, el tipo de partido que hemos ido construyendo, una extendida práctica política de pronunciamientos a posteriori, determinadas interpretaciones de los acontecimientos acaecidos, etc. nos han alejado más y más del proletariado de aquellos países, y al tiempo del proletariado en Occidente. Cuando las condiciones objetivas, tal cual habíamos analizado correctamente en múltiples resoluciones, eran más favorables que nunca a la causa de los explotados, al factor subjetivo, la dirección revolucionaria que forjábamos, se ha revelado incapaz, una y otra vez, de cumplir con sus tareas.

Otros han pretendido ocupar nuestro lugar. La necesidad de una auténtica organización obrera revolucionaria se ha evidenciado dramáticamente y ante la crisis permanente de la C.I., mil variantes de centrismo han tratado de capitalizarla política y organizativamente. Hay que admitir que a despecho de la Internacional, simples subproductos de la descomposición del stalinismo han ganado influencia ante la juventud obrera y la juventud en general. En efecto, maoístas y castristas han gozado de una ascendencia que no podían ni imaginar.

Mientras, la IV Internacional trataba de atraer a su aparato a unos y a otros, con las consabidas adaptaciones y los embellecimientos de rigor, esas fuerzas pequeño-burguesas ampliaban su audiencia ante los jóvenes. La radicalización mundial de la juventud sobre la que tanto ha insistido nuestro movimiento y en la que hemos depositado tantas esperanzas, ha hecho —en su momento— del maoísmo y castrismo banderas privilegiadas.

He aquí un ejemplo. En Europa, el proceso ha sido muy clarificador. El maoísmo pequeño-burgués, radical y demagógico, ha brindado "armas" a una generación de revolucionarios para combatir a los partidos comunistas tradicionales, a las burocracias del

Este y presentarles un nuevo modelo de sociedad por el que pelear, al tiempo que distraía la atención de esos revolucionarios del proceso de consolidación de la propia burocracia china. Con groseras declamaciones sobre el capitalismo de Estado en la URSS la nueva clase, el socialimperialismo, las imperdonables traiciones al marxismo-leninismo, las camarillas burguesas y otras gaitas, el "elevado" pensamiento Mao-Tse-tung creó su propia fuerza de presión en Europa cuando le convino y llevó a la ruina a una generación entera de obreros y jóvenes revolucionarios devolviéndoles a la órbita de los partidos comunistas tradicionales. ¡Aleccionador!

Sin embargo, el desenmascaramiento del stalinismo y de la socialdemocracia ante sectores significativos de militantes, más la patética bancarrota de la "nueva extrema izquierda" —de los aparatos tradicionales— ha inaugurado otro proceso: el de la reaparición consejista, anarquista e incluso la reconstrucción del anarcosindicalismo a escala de masas en algunos puntos. Hoy podemos observar con la rabia que proporciona la impotencia como va desarrollándose este fenómeno en nuestro país.

La ausencia de una alternativa trotskista acabada, la presencia de un programa político desvirtuado en muchos puntos, la existencia de una organización de corte leninista que no se distingue en mucho del resto de organizaciones en el capítulo de las maniobras etc. ha posibilitado, posibilita y posibilitará, el crecimiento, más allá de lo imaginable, de una corriente pequeño-burguesa clásica: el anarquismo y sus variantes. Careciendo de una alternativa revolucionaria, miles de jóvenes y de obreros, son ganados a los ideales libertarios. Cuatro slogans superficiales sobre el apoliticismo, el antiparlamentarismo, la autogestión, el federalismo y la autonomía han servido para resucitar a un cadáver al que creíamos definitivamente enterrado. En el Estado español, obreros y jóvenes buscan una bandera, de nuevo y una vez más, distinta a la nuestra.

XVII.— ¿POR DONDE AVANZAR?: UNA TENDENCIA MARXISTA EN LA CUARTA INTERNACIONAL

Hemos querido demostrar a través de nuestro forzosamente breve análisis que la Cuarta Internacional vive momentos críticos. Toda organización política tiene, ante la clase que dice representar, una serie de créditos y estos poco a poco se agotan. Entendemos que la Cuarta Internacional ha agotado muchos de esos créditos y que la revolución española que se avecina, se convierte en una prueba decisiva. Las batallas que han de librarse en el Estado español van a tener una influencia enorme en los destinos de la clase obrera europea y si la Internacional no está a su altura, perecerá. Peleamos por todo lo contrario. Queremos avanzar, para ello es imprescindible resolver las grandes contradicciones en las que nos venimos debatiendo durante años y años. Esa tarea es inexcusable y la resolución acertada de la misma en los planos programático, táctico y organizativo es la única garantía para afrontar con éxito los combates a que nos somete y va a someternos la lucha de clases. Hemos ido desgranando nuestras posiciones políticas a lo largo del texto. Queremos que éste sea el texto base de una tendencia en la Internacional. Un próximo texto completará lo hasta aquí expuesto. Pensamos que la situación política y organizativa de la IV aconsejan la estructuración a escala internacional y estatal para la defensa intransigente de nuestras posiciones. Queremos convencer a los cdas., pero claro está, podemos ser nosotros los convencidos de lo contrario. Creemos que el próximo XI Congreso Mundial puede ser un marco adecuado para, en el proceso de preparación hacia el mismo, saldar todas estas diferencias.

Desde nuestra tendencia abogamos para que esta discusión se lleve a cabo con todas las corrientes que se reclaman de la IV Internacional, pues desde nuestro punto de vista, la crisis de la IV y la magnitud de la discusión que proponemos hace aconsejable la participación de todas esas corrientes y no vemos ninguna razón de peso para mantenerlas fuera de la Internacional.

Desde nuestra tendencia abogamos para que el centralismo democrático —deteriorado a nuestro juicio— que tiene nuestra

organización, no sea nunca instrumento para ahogar el debate en curso. Ni que decir tiene que nuestra tendencia se compromete al respeto del centralismo democrático y de la disciplina que él comporta.

Llamamos, por último a todos los camaradas que —una vez discutidas nuestras posiciones políticas— puedan estar de acuerdo con la Tendencia Marxista a ingresar en ella, para saldar con éxito este debate y hacer de la Internacional, la organización que la clase obrera mundial necesita para su victoria final.

Roberto y Demián
Barcelona, 25 de mayo de 1977

NOTAS

- (I) Ver ensayos sobre Psicología, núm. 1, noviembre 1975.
- (II) Ver: Boletín núm. 15, abril 1975.
- (III) Para el estudio de las posiciones políticas, consultar: Ensayos sobre Psicología, núms. 4-7-9-10-11 y 12.
- (IV) Para el estudio de sus posiciones políticas, consultar: Ensayos sobre Psicología, núms. 5-13 y 15 y Arte y Cultura núms. 5 y 8.
- (V) Actas del Comité Central de la LC. Tema IV del orden del día. Sesión del 10 de Octubre de 1976.
- (VI) Joe Hansen: El Origen de las Divergencias Acerca de China en Boletín de Informaciones Internacionales núm. 7, agosto 1974, pps. 109-110.
- (VII) Una breve referencia a las obras y artículos fundamentales en los que L. Trotsky expone sus concepciones teóricas y políticas sobre el Estado Soviético ruso y la burocracia stalinista, abarcaría, cronológicamente, las siguientes:
 - 15.VII.1933: Es necesario construir nuevos partidos Comunistas y una Internacional.
 - 20.VIII.1933: No es posible permanecer por más tiempo en la misma "Internacional" con Stalin, Manuisky, Lozovsky y Cía.
 - 1.X.1933: El carácter de Clase del Estado soviético.
 - II.1935: Estado obrero, termidor y bonapartismo.
 - IX.1936: La revolución traicionada.
 - 1937: De nuevo y una vez más: La URSS y su defensa.
 - 25.XI.1937: ¿La URSS, ni estado obrero ni burgués?
 - IX.1938: La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional. Programa de Transición.
 - X.1939-IV.1940: En defensa del marxismo.
- (VIII) Leon Trotsky. La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional. Programa de transición. Capítulo XVII. La situación de la URSS y las tareas de la época de transición.
- (IX) Trotsky desarrolló estos conceptos en varios artículos del 39-40 y en En defensa del marxismo.
- (X) León Trotsky: En defensa del marxismo. Capítulos: La guerra soviético-finlandesa. Una vez más: Finlandia. Balance de los acontecimientos fineses.
- (XI) Para documentarse respecto a la ruptura de Natalia Sedova con la IV Internacional, ver: Jacques Roussel. Les Enfants du propriétaire. Histoire du mouvement Trotskyste en France Spartacus. René Lefevre, Paris.
- (XII) Manifiesto de la Internacional Comunista a los proletarios de todo el mundo. Marzo de 1919 en Los Cuatro Primeros Congresos de la Internacional Comunista. Primera parte. Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 34, pág. 94.
- (XIII) Ernest Mandel: The Inconsistencies of State Capitalism, International Marxist Group, London, 1969, pp. 17-18. Citado por A. Buick en The Myth of the transitional Society en Critique núm. 5, pp.67.